

relatos lo marcaron a tal grado que, contra los deseos de sus padres y las recomendaciones del propio primo Hugo, gradual pero inexorablemente fue encauzándose hacia la antropología. Gran lector, con inclinaciones hacia el periodismo, sus inquietudes en torno a la cultura popular lo habían llevado, incluso antes de comenzar la carrera, a entablar contacto con dos de los pioneros del estudio del folclor en México: la pareja Mendoza-Rodríguez Rivera. Fue primero alumno de doña Virginia Rodríguez en la Academia de la Danza Mexicana, y ella algunos años después lo puso en contacto con don Vicente Mendoza, de quien fungiría como asistente en el Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM hasta la muerte de éste en 1964.

También la vocación de Gabriel por el estudio del Bajío podría tener raíces profundas: su padre era originario de Pachuca y su familia materna provenía del norte de Guanajuato, de donde le venía “la sangre otomiana y minera”. Cuenta con orgullo que en Real del Monte un ancestro suyo conocido como “El Chato Moedano” había protagonizado un alzamiento en pro de los derechos de los trabajadores. Pero lo que se sabe a ciencia cierta es que en 1949 Vicente T. Mendoza publicó un artículo al que tituló “Música popular del Bajío”, en el cual señalaba que, en el periodo inmediato a la conquista, los evangelizadores enseñaron a los indígenas los primeros cantos religiosos: además de “las cuatro oraciones principales, el alabado de los franciscanos o sea el del Sacramento, alabados a diversas imágenes, mañanitas, saluciones y despedimentos [...], numerosas alabanzas a la Santa Cruz, entre las que descuella una en forma de canción mexicana a ‘La Cruz de Culiacán’, erigida en un cerro cercano a Guanajuato” (1949: 87-